

Alejandro ó Matusalem, pues con ambos nombres nos es conocido, hizo por quedarse solo, y envolviéndose bien en su gaban, se fué á pié hácia la casa de la Marquesa, á cuya fiesta estaba tambien invitado.

Habia recibido el billete de invitacion como un cartel de desafío de parte de la Marquesa, y acudia á la cita como un héroe. Antes, sin embargo, habia querido ver á la criolla, por pura curiosidad por supuesto; curiosidad que lo habia dejado satisfecho, pues al llegar á casa de la Marquesa iba diciendo entre dientes:

— Bien..... bien; ha sido una inspiracion; la niña está ya cansada de ser duquesa..... está ofendida de la conducta del Duque y envidiosa de la Marquesa..... Perfectamente; puedo entrar en campaña.

Y en efecto, entró en los salones, suntuoso teatro donde vamos á presenciar las escenas que nos aguardan en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO IV.

La vieja Europa y la vírgen América.

Por lo que vulgarmente llamamos una casualidad, al mismo tiempo que la Marquesa salía de su tocador, Mercedes cruzaba las primeras antesalas, de manera que casi á la vez penetraron ambas en el salon del baile, entrando, como debe colegirse, por puertas distintas, colocadas la una enfrente de la otra en los dos testeros de la sala.

Cada una de ellas apareció en su puerta respectiva, rodeadas ambas de esa córte que sigue siempre á las mujeres que hace notables el lujo ó la hermosura en su tránsito por los salones del gran mundo, y que las acompañan en todas las felicidades, sin duda para adquirir el derecho de volverles la espalda en el día de las desdichas.

El cortesano siempre es el mismo; naturaleza entusiasta por todo lo grande, no tiene ojos más que para lo que brilla, y es demasiado sensible para poder soportar el espectáculo de la desgracia; asiste solícito á todos los bautizos y huye espantado de todos los entierros; su movilidad es más aparente que real, pues siempre se le encuentra en el mismo sitio, en el sitio por donde pasan las prosperidades en el colmo de la gloria; la lisonja no ha vivido jamás en la casa del infortunio.

Toda grandeza humana que cae á los vaines de la fortuna, tiene una venganza contra sus perseguidores triunfantes; ella puede decir: os dejo mis cortesanos.

Entraba Mercedes en el gran salon apoyada en el brazo de Matusalem, que habia llegado á tiempo para recibirla al salir del coche, y á quien ella habia visto al apear-se con benévola sonrisa..... La Marquesa, por su parte, se aparecía apoyada á su vez en el brazo de un jóven desconocido, cuyo aire, al parecer entrecortado, daba indicio de que se presentaba por primera vez en el mundo.

Su bella figura llamaba la atención, y más de un curioso, de esos que han contraído la obligación de conocer á todo el mundo, habia preguntado ya su nombre sin obtener respuesta satisfactoria, cuando la Marquesa, con una naturalidad encantadora, con la ingenuidad más exquisita, hizo sonar en medio del círculo que la rodeaba, las siguientes palabras:

—Señores, presento á ustedes á mi amigo el Sr. Lanuza.

Se inclinaron los más inmediatos, esto es, los que formaban la primera fila del corro, mientras los que se hallaban en segunda fila se empinaron sobre las puntas de los piés, ó metían la cabeza por entre hombro y hombro para conocer al nuevo personaje que la Marquesa les presentaba de repente, como llovido del cielo..... Los que se hallaban detras de estas dos primeras filas no veían nada, y preguntaban por lo bajo:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Y por lo bajo les respondían los que estaban delante:

—Lanuza..... Lanuza.

Pronto el nombre de Lanuza, saltando de boca en boca, dió la vuelta á los salones, circulando por la alegre y lujosa concurrencia, como corre la chispa eléctrica por los alambres del telégrafo.

Ya se ve, el nombre no significa gran cosa si es un nombre desconocido, y no todos se dieron por satisfechos con el nombre que acababa de pronunciar la Marquesa, pues decian :

—Lanuza..... bien..... pero ¿quién es Lanuza?

—Debe ser, contestaban otros, un aragones.

—De alguna parte ha de ser, replicaban algunos, y el ser aragones no constituye novedad ninguna..... hay aragoneses hace mucho tiempo.

—Sin duda, arguyó un tercero; pero en este caso, ser aragones es ser mucho, puesto que la Marquesa es oriunda de Aragon.

En otro círculo se hablaba de lo mismo, haciendo unos y otros la misma pregunta:

—¿Quién es Lanuza?

—Un protegido de la Marquesa.

—Ya.

—¿Amigo antiguo?

—No; amigo reciente.

Entre las mujeres no era ménos viva la curiosidad que habia despertado el *corrector de pruebas*. No era título, ni banquero, ni militar, ni político, ni periodista, ni siquiera poeta. ¿Qué era, pues, el Sr. Lanuza? Su presencia era bastante agradable, su nombre no dejaba de ser ilustre; pero ¿de dónde habia salido? ó más bien, ¿de dónde lo habia sacado la Marquesa?

En estas dudas corrió una nueva especie, á saber: que aquel jóven era el secretario del Duque.

—¡Ah!..... exclamaban todas las bocas, á cuyos oidos iba llegando la noticia. Eso ya es otra cosa.

Dos señoras, que por la intimidad con que se trataban debian conocerse perfectamente, sentadas en el extremo de un divan, hicieron cierta seña á uno de los jóvenes que formaban corro al rededor de Luisa, el cual se acercó á ellas, diciéndoles:

—Es guapo chico.

—Pero ¿quién es? preguntaron las dos á un tiempo.

El jóven inclinó la cabeza hasta colocarla entre las de las dos señoras, y bajando la voz como quien hace una íntima confidencia, les dijo:

—Lanuza.

—Quedamos enteradas, exclamaron ellas, riyéndose.

—Es todo lo que se sabe, añadió él.

—Se sabe, replicó una de ellas, que es secretario del Duque.

—Ciertamente; y yo sé más todavía.

—¿Qué sabe V.?..... preguntaron á la vez.

—Sé que juega con mucha fortuna.

—¡Malo!..... exclamó una de las señoras; afortunado en el juego, desgraciado en amores.

Tal fué el primer efecto que produjo la presentacion de Miguel, hecha por la Marquesa con cierta solemnidad, y hubo algunos minutos en que no se habló más que de Lanuza, encontrándolo unos vulgar, otros distinguido; creyendo los ménos advertir en el

porte de su persona el aire de la aldea, á la vez que los más creian todo lo contrario, pareciéndoles afectado su encogimiento.

Entre *ellas* encontró una completa acogida por muchas razones, pero principalmente porque era la Marquesa la que lo ponía en moda, apareciendo teatralmente apoyada en su brazo en medio de tan brillante concurrencia.

A la mitad del salon vinieron á encontrarse las dos parejas, Mercedes y Alejandro, Luisa y Miguel. La Marquesa se desprendió del brazo de Lanuza y acudió á abrazar á su futura cuñada, exclamando:

—Niña mia, estás encantadora. Y volviéndose á los que las cercaban, añadió: La vírgen América matará esta noche de celos á la vieja Europa.

—La vieja Europa, dijo Mercedes besando á la Marquesa, tiene todavía muchos encantos para dejarse vencer por los celos. Además, donde tú estés, querida mia.....

La Marquesa la interrumpió poniendo su preciosa mano sobre los labios de Mercedes y diciendo:

—No quiero oír tus alabanzas, porque van á envanecerme demasiado, y la vanidad es tan ridícula como los celos.

—Pues áun mereces, replicó la criolla, un castigo más severo.

—¿Por qué, vida mia?..... preguntó la Marquesa con el aire gracioso de una niña asustada.

—¡Oh! contestó la vírgen América, dando á sus palabras una entonacion solemne; porque nos has privado durante un mes interminable de tu presencia. ¿Qué has hecho, di, en esos treinta dias mortales?

Luisa pareció vacilar ántes de responder á la pregunta de Mercedes, y aprovechando Matusalem este momento de silencio, dijo:

—Creo conocer los instintos poéticos que dan tanta vida al talento de la Marquesa, y me atrevo á decir que en esos treinta dias mortales ha hecho por lo ménos un poema.

—Justo, exclamó Luisa, riyendo á carcajadas; un poema encantador.

—¡Haces versos! preguntó Mercedes admirada.

La Marquesa hizo con la cabeza un mo-

vimiento muy natural, por medio del que dirigió á Miguel una mirada de inteligencia, y él dijo:

—¿Acaso á esta bella señorita no le agradan los versos?

Clavó Mercedes sus ojos en Miguel, y contestó:

—Mucho.

—Pues, niña mia, añadió la Marquesa, vas á experimentar un terrible desengaño, cuando sepas que mi poema no está en verso.

—¡Dios mio! exclamó la criolla; ¡un poema en prosa!

—Una novela, dijo Matusalem.

—Histórica, advirtió Luisa, marcando bien la palabra.

—Me llenas de curiosidad, exclamó Mercedes; historia, novela ó poema, será deliciosa como obra tuya. Y dime, mi hermosa literata, ¿cómo se titula?

—Es un título fatal, contestó Luisa.

—¡Fatal!.....

—Sí.

—Veamos.

—Se titula: «Estaba escrito.»

—¡Oh! exclamó la criolla con una ingenua carcajada: «¡Estaba escrito!» Entonces no habrás tenido que hacer más que copiarlo.

Mordiósese la Marquesa imperceptiblemente los labios, y ántes que pudiera contestar á la original ocurrencia de su futura cuñada, interpuso Matusalem su voz, diciendo:

—Se conoce que hay en el asunto algun sér predestinado.

Alejandro pronunció estas palabras mirando más á Miguel que á la Marquesa, y debió quedar contento del efecto que causaron, pues con esa viveza que produce la alegría interior, añadió:

—Comprendo, mejor dicho, adivino el mérito de la obra..... el enredo será admirable, y si el desenlace corresponde al nudo, no tendrémolos que envidiar á la literatura francesa la gloria de Jorge Sand.

—Hay amigo mio, exclamó la Marquesa, no conoce V. la índole de mi gusto literario; doy por la más sencilla narracion de Fernan Caballero todas la Lelias y todos los

Spiridiones de Jorge Sand..... En cuanto al enredo, consiste en un nudo de tal naturaleza, que hace imposible todo desenlace.

—¿De manera, preguntó Mercedes, que tu obra no tiene fin?

—Por lo ménos, contestó Luisa, desenlace no tiene.

—¿Cómo acaba entónces?

—Precisamente acaba por un enlace.

—¡Se casan!.....

—Sí, niña mia. Se casan. ¿Te parece vulgar?

—No..... pero.....

—¿Pero qué?..... preguntó Luisa.

—Nada..... una tontería que me habia ocurrido..... Me interesan ya tanto los personajes de tu poema, que iba á preguntarte si estás segura de que serán felices; pero es claro que lo serán cuando tú te decides á casarlos.

—Serán felices, replicó la Marquesa; puedes estar tranquila, porque yo estoy segura de ello.

Matusalem se sonrió, y dijo:

—Indudablemente los poetas poseen el

raro privilegio de hacer felices ó desgraciados á sus héroes, segun el humor poético con que cada uno se los imagina; y nosotros, simples mortales, no tenemos más remedio que tomarlos como nos los dan, desgraciados ó felices; pero tratándose de seres de carne y hueso, circunstancia indispensable para que el asunto sea histórico, el poeta habrá de atenerse á la realidad de los hechos, y en este caso, mi querida Marquesa, temo que la bondad de su corazon la engañe, haciendo allá en el dichoso mundo de su fantasía, felices á personas que acaso no puedan serlo.

—No tengo noticia, contestó la Marquesa, de que los personajes de mi historia hayan acreditado ante el juez de paz con el correspondiente número de testigos que son felices y que piensan serlo hasta la consumacion de los siglos; mas si es necesaria esta prueba para la completa autenticidad del caso, yo ejerzo sobre ellos alguna influencia, y acaso no me cueste mucho trabajo conseguir que legalicen su felicidad.

Volvióse Matusalem á Miguel, y echán-

dole el brazo por el hombro lo atrajo hácia sí, preguntándole:

—Y bien, ¿qué dices tú á esto?

Hubiérase creído que Miguel tenía el pensamiento muy léjos de la conversacion entablada entre la Marquesa, Mercedes y Matusalem, pues oyó la pregunta de este último como quien despierta de un sueño; así es que vaciló un momento, durante el que miró á Matusalem, en cuyo semblante vió la misma expresion con que le habló las últimas palabras en la calle del Príncipe delante del coche de la Marquesa, y tuvo intenciones de corresponder á aquel abrazo intempestivo con otro tan afectuoso, tan espontáneo como los que solia darle de improviso al volver una esquina ó al encontrarlo en medio de una calle, cuando su gaban raído y su sombrero espejuznado le daban sobre Matusalem tan terrible dominio; mas comprendió que al cambiar de fortuna, al adquirir en el mundo una posicion que empezaba á ser brillante, habia perdido toda superioridad sobre su adversario. Ya no era el mismo, ya no era aquel vagamundo temi-

ble; cuya sola presencia helaba la sangre en las venas de Matusalem.

En efecto, un salon no es una calle, y el secretario del Duque no era ya el corrector de pruebas. A la misma Marquesa, que habia celebrado tanto las hazañas de Miguel, cualquiera de ellas en su propia casa le hubiera parecido una broma de muy mal gusto.

Renunció nuestro héroe á sus intenciones, contentándose únicamente con pasar el brazo sobre la cabeza de su enemigo, rodeándole el cuello cariñosamente, para darle á entender sin duda que aún podía ahogarlo.

Miró tambien á Mercedes, que con sonrisa candorosa esperaba la respuesta á la pregunta hecha por Matusalem, y miró, en fin, á Luisa, que con aire distraido hacia y desahacia un nudo en el encaje de su pañuelo, y dando á su ademan y á sus palabras toda la frivolidad que el caso requeria, contestó diciendo:

—Hé aquí al hombre más dichoso de la tierra, empeñado en no creer en la felicidad.

—Eso quiere decir, caballero, replicó

Mercedes, que V., mucho más dichoso, cree en ella á puño cerrado.

Debió advertir Miguel que habia en el acento de la criolla cierto timbre irónico, pues adoptando la expresion de una lástima repentina, dijo:

—¡Ah, señorita! ¿Será V. tan desgraciada que no crea en la felicidad?

No era á la Marquesa á quien iba dirigida esta pregunta; pero ella, con esa prontitud nerviosa con que las mujeres impacientes suelen apoderarse del hilo de la conversacion para enredarlo ó romperlo, dió sencillamente esta respuesta:

—No; á los veinte años se cree en todo, porque en todo encontramos la esperanza de ser felices; mas si en estos momentos en que la vida le ofrece los más risueños encantos duda de su propia dicha, V. puede disipar sus dudas.

—¡Yo!..... exclamó Miguel con natural asombro.

—Usted, amigo mio, replicó la Marquesa.

—¡Cómo!..... preguntó Mercedes.

—Este caballero, contestó Luisa, es íntimo amigo y secretario particular del Duque.

Matusalem y la criolla se echaron á reír á un mismo tiempo.

En esto anunció la orquesta el segundo wals, y las parejas se fueron colocando en disposicion conveniente para lanzarse unas detras de otras en el torbellino que ellas mismas habian de formar, luégo que sonáran los primeros compases.

Matusalem dijo entónces dirigiéndose á la criolla y señalando á Miguel:

—Este caballero es ademas mi mortal enemigo; ha sido para mí un niño terrible, que ha solido ponerme al borde de la desesperacion; porque V. no sabe todavía quién es el secretario del Duque. Pues bien, aquí se me presenta la ocasion de una gran venganza; la suerte me pone en la mano un cruel desquite; pero quiero ser generoso; señoras, sean ustedes testigos de mi generosidad.

Los tres se miraron, y él prosiguió:

—Aquí, donde ustedes lo ven, que parece dispuesto á tragarse el mundo, no se atreve.....

—¿A qué?..... preguntaron á la vez Mercedes y la Marquesa.

—¡A qué!..... á una cosa bien natural por cierto, y que ambicionan en este instante todos esos brillantes jóvenes que dan vueltas á nuestro alrededor; pero, lo dicho, no se atreve; en su actitud y en su semblante veo la timidez que lo domina, y no acierto á comprender cómo ustedes, tan perspicaces en esto de leer en el corazon de los hombres, no han adivinado lo que mi dichoso amigo desea.

—La Marquesa, dijo Mercedes, estará acaso en el secreto; yo, por mi parte, no sé de qué se trata.

Luisa frunció el entrecejo y se encogió de hombros. En cuanto á Miguel, esperaba, no sin alguna inquietud, saber su deseo.

Matusalem añadió:

—No se atreve á pedir á la señorita de Vegahonda el honor del wals que acaba de anunciar la orquesta; hé ahí el caso.

—Y V., se apresuró á decir Luisa, lo saca del apuro apropiándose una plenipotencia que nadie le ha concedido.

—Ésa es, señora, replicó Matusalem, mi venganza.

—A mí me parece, advirtió Mercedes sonriendo, que esos poderes extraordinarios necesitan ratificarse.

Los tres se volvieron á Miguel, porque á él le tocaba hablar en el asunto, y por ese interes que en algunas ocasiones suelen inspirar las cosas más frívolas, en los tres semblantes que lo contemplaban se veían señales de ansiedad; parecía que de las palabras que iban á salir de la boca de Miguel dependía la suerte de aquellas tres personas tan felices, cada una por su estilo.

Era preciso un golpe de genio para eludir el compromiso en que Matusalem habia puesto á nuestro héroe, sin incurrir en manifiesta grosería, y esto era lo que esperaba la Marquesa, y esto era lo que temia la criolla.

No debemos extrañar que Luisa mirára con disgusto la intempestiva idea de aquel wals; primeramente, porque conociendo á Matusalem, comprendió que sólo se la habia sugerido la intencion de mortificarla; despues porque le pareció que á Mercedes no le des-

agradaba la idea, y sobre todo, porque las mujeres no se resignan fácilmente á ver al hombre que prefieren en brazos de otra mujer, y es el caso que no hay manera de *valsar* sin abrazarse.

Á Mercedes no le desagradaba la idea de abandonarse al torbellino del wals en brazos de Miguel, por tres razones de igual calibre.

Primera, porque se trataba de un wals, y para un corazon de veinte años un wals no es nunca indiferente.

Segunda, porque se trataba de un hombre célebre en aquel momento, puesto que era el blanco de todas las miradas y el platillo de todas las conversaciones; en una palabra, la novedad de aquella noche.

Y tercera, por la suprema razon de que habia podido observar con inexplicable complacencia, que Luisa se daría interiormente á todos los demonios si aquel proyecto de wals llegaba á realizarse, deduciéndolo de que ella se daría á todos los diablos, tambien interiormente, si el wals fracasaba.

Surgia, pues, entre las dos cuñadas una rivalidad súbita, originada por la inocente

diablura de Matusalam, que habia puesto entre ambas la chispa incendiaria de un wals traído allí por los cabellos, y que empezaba ya á encender el amor propio de una y otra.

Matusalem, por su parte, asistia como testigo al lance que él mismo habia provocado, seguro de que una de las dos debia quedar herida.

—Yo, dijo Miguel, no reconozco la intervencion officiosa de mi amigo: nadie en mi caso la reconoceria; parece un lazo tendido á la bondad de esta señorita, en el que no puedo consentir que caiga, ni á trueque del envidiable honor de ser su pareja. Es comprometerla á una condescendencia de pura cortesía, cuando yo entiendo que debe ser un acto de confianza. Declaro, pues, que no he apetecido un honor que realmente no merezco.

Luisa respiró satisfecha, y con la sonrisa en los labios miró á Mercedes diciéndole:

—Niña mia, el secretario de tu futuro esposo no te puede tratar con más respeto; ya lo ves, eres para él inaccesible.

La criolla inclinó su cabeza coronada de diamantes, haciendo una ceremoniosa reverencia, y Matusalem dijo:

—Es una salida hábil, pero no de muy buen gusto: no te agrada aparecer tímido como un colegial á los ojos de estas señoras, y recurres á una modestia demasiado fina para pasar por hombre de mundo..... Bah, eso no es digno de tí.

Mercedes exclamó:

—¡Modestia!..... Más bien pudiera ser orgullo.

—¡Orgullo!..... ¿por qué?..... preguntó la Marquesa.

—Porque hay naturalezas exquisitamente susceptibles, á las que todo les ofende y toman á desaire cualquier negativa, por motivada y natural que sea.

Semejante susceptibilidad le pareció á Miguel más ridícula que la timidez de que acababa de defenderse, y se apresuró á replicar diciendo:

—Juro que no, y en prueba de ello suplico á V. me conceda el honor de ser su pareja.

—Bravo, exclamó Matusalem, clavando sus ojos en Luisa.

—Yo soy más franca, dijo Mercedes, y acepto con mucho gusto la invitacion que usted me hace.

Y tomando el brazo que Miguel le presentó, se volvió á la Marquesa añadiendo:

—Querida mia, no dirá el loco de tu hermano que desairo á su secretario.

En aquel momento sonaron los primeros compases del wals anunciado, y Mercedes y Miguel desaparecieron entre la brillante multitud, que se reconcentraba en medio del salon para abrir calle á las graciosas parejas, que voluptuosamente daban vueltas movidas por el resorte de la música.

Matusalem y la Marquesa se encontraron frente á frente, contemplándose con mirada implacable.

—Prudencia, señora, exclamó el primero..... Si llegan á notar que está V. celosa, la nube del ridículo va á oscurecer toda su gloria..... Además, son unos celos insensatos; ¿qué peligro hay en que dé unas cuantas vueltas de wals con la rica criolla?..... Es

verdad que ella tiene veinte años, trescientos mil duros de renta y una voluntad vírgen; pero ¿no es la prometida del Duque?

—¡Celos!..... dijo Luisa con soberano desden..... Y soltando la carcajada añadió: ¡Celos de un wals!.....

—Los celos se tienen de cualquier cosa, replicó Matusalem, y á V. la conviene salir de aquí, porque..... mire V., mire V. qué linda pareja forman y cómo se llevan detras las miradas de todos..... Esto no puede ser agradable á los ojos de una mujer que se cree enamorada; y V. es demasiado artista para dispensarse en esta ocasion del pormenor indispensable de los celos; mas le conviene á V. mucho que no adviertan semejante detalle, porque entónces está V. perdida. Van á decir que la vieja Europa está celosa de la vírgen América, y eso es horrible.

Luisa oyó estas palabras de su terrible enemigo con semblante risueño; cualquiera de los circunstantes al verla habria creído que Matusalem la hablaba de la perfeccion de su tocado y del efecto que habia causado

su presencia en los salones de su propia casa; y se hubiera convencido de ello, sin darle ningun género de duda, al ver que, cogiendo el brazo de Matusalem con natural confianza y suprema elegancia, atravesaba como en triunfo los grupos formados por la concurrencia, que se abrian apresuradamente para saludarla al paso, arrojando á sus oídos las fugitivas flores de la más exquisita galantería.

Con la misma sonrisa que recibia estos homenajes tributados á su belleza y á su rango, decia á Matusalem en voz baja:

— Sé que tengo delante un enemigo tenaz; pero ese enemigo debe haberse persuadido de que no le temo, puesto que ha encontrado esta noche abiertas las puertas de mi casa y en este momento mi brazo se apoya en el suyo.

— Perdona V., señora, replicaba Matusalem. Usted me ha invitado á que venga á esta casa á ser testigo de su triunfo, porque usted ha tenido consigo misma la amabilidad de adjudicarse la victoria, para mí muy dudosa todavía. Esta fiesta no tiene más obje-

to que la presentación semi-oficial de ese pobre diablo que V. ha elegido no sé para qué, y yo no he titubeado un instante en venir á recoger el guante que V. me arroja..... La audacia es de V., pero el valor es mio, pues me presento ante un enemigo victorioso, encontrándome yo completamente desarmado.

— Eso es heroico sin duda ninguna, y á pesar del desprecio que V. me inspira, tengo la generosidad de admirar su valor..... pero, en fin, si V. se declara vencido y renuncia á sus ridículas pretensiones, podremos firmar una paz honrosa.

— Nunca, exclamó Matusalem: ni me doy por vencido ni renuncio á mis pretensiones.

La Marquesa lo miró fijamente, preguntándole:

— ¿Y en qué funda V. la esperanza inverosímil de una victoria imposible?

Matusalem, muy afablemente, le dió esta respuesta:

— Señora, en nuestro primer encuentro tenía de mi parte á la sociedad, ante cu-

yo enojo se mostró V., lo confieso, sublime de valor, pues la vi resuelta á arrostrar sus terribles iras; pero en nuestra segunda batalla, que comienza esta noche, tengo un cómplice más poderoso, que me pondrá el triunfo en la mano.

—Ya..... ya, exclamó Luisa. ¿Cuenta V. con la criolla?.....

—Usted misma, contestó, se ríe de su ocurrencia, lo cual me da derecho á que yo me ría también de ella. La criolla no es más que una niña, que puede serme útil como un pormenor, como una circunstancia, como sirve un peon en un juego de ajedrez bien planteado..... mi cómplice es mucho más poderoso.

Fingió la Marquesa el más encantador espanto y exclamó con aire dramático:

—¡Ah! ¡me asusta V.!..... ¿qué cómplice es ése que aún no lo conozco y ya me aterra?

—No lo conoce V., Marquesa, y sin embargo, debiera conocerlo: mi cómplice es la naturaleza humana.....

—Poderoso enemigo, sin duda ninguna. ¡Ah! eso es amenazarme con el mundo en-

tero, conmigo misma, con el cielo y con la tierra..... Vamos, es demasiado. ¿Todo eso necesita V. para triunfar de una débil mujer?

—Todo eso, Marquesa.

—Pues bien, en ese caso lo convidó á V. á mi boda.

—¿Cuándo?

—Dentro de un mes.

—Vaya un consejo.

—Venga.

—Guarde V. cuidadosamente el secreto de su boda.

—¿Mucho tiempo?

—Poco.

—¿Cuánto?

—Un mes.

La Marquesa abandonó el brazo de Matusalem para saludar á una señora que se le acercaba.

Nuestro hombre sintió el peso de una mano en cada hombro, y se volvió, encontrándose con dos caras que á un mismo tiempo le sonreían, y exclamó:

—¡Hola, Guillen! ¡Oh, Medina!

—Salimos del *buffet*, dijo el primero, que